

editorial

A partir del 2003, la filosofía encontró en Argentina un inédito apoyo por parte del Estado. La fuerte ampliación de las becas y los ingresos a la carrera de investigador del CONICET, la multiplicación de los puestos e instituciones universitarias y la dignificación de los salarios correspondientes, han tenido como resultado un impacto innegable tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo en la filosofía argentina. Los congresos y publicaciones especializados de todo el mundo (y especialmente en habla hispana) se poblaron de nuestros investigadores y docentes con un nivel, rigor y originalidad crecientes. Un fenómeno similar se observó en el resto de América latina, especialmente en Brasil.

La tendencia amenaza con revertirse. En el marco general de ajuste estatal (la mal llamada “austeridad”), la ciencia y la educación son cada vez más castigadas en los presupuestos. El desarrollo de la filosofía en estas tierras no está ya garantizado por el impulso del Estado. Esto es sin duda fuente de agitadas pasiones tristes para todos nosotros. Los cambiantes vientos de subjetivación provenientes desde el nuevo Estado se sienten en los huesos, en cada respiración, horadan lentamente lo común que somos; el deslace social está en el aire de los tiempos.

En otros editoriales nos hemos detenido sobre el rol fundamental del Estado en la producción de un lazo social que no surge de individuos aislados; en ese sentido, es el garante irremplazable de la democratización de la producción filosófica. Si bien no abandonamos la preocupación ni el esfuerzo por pensar las posibilidades de un

pliegue estatal que aumente nuestra capacidad de actuar, queremos en esta oportunidad detenernos a pensar en el impacto de aquella acumulación primitiva de capital filosófico sobre el modo específico de ser de la filosofía argentina y latinoamericana. Queremos preguntarnos si existe algo así como una manera de hacer filosofía que nos sea propia. Se trata de indagar si, además de participar con artículos, ponencias, libros y conferencias en el ámbito académico internacional, aportamos también una manera específica de hacer filosofía.

No existe una respuesta final y última a la pregunta “¿Qué es la filosofía?”; de hecho, la repetición de esta pregunta a lo largo del tiempo y el espacio es una de las características de nuestra disciplina. En ese sentido configura una perspectiva colonizada pensar que existe una esencia de la filosofía, una auténtica filosofía, una filosofía real fundada en Europa, o que existen idiomas privilegiados para elaborarla. Si la pregunta por el qué y el cómo de la filosofía no tiene respuesta última, cualquiera, en cualquier tierra, en cualquier lengua puede ocuparse y apropiarse de ella. La definición de lo que hacemos, la construcción de nuestro modo de ser no puede entonces provenir desde afuera. No naturalicemos el discurso colonial.

El Estado ha sido un garante necesario para la democratización de la producción filosófica en los últimos 13 años. Pero ni el CONICET ni el Ministerio de Educación pueden definir lo que es nuestra actividad, ni el carácter *local* de sus producciones, ni su sentido. El cumplimiento de las leyes de la academia o de las exigencias de dedicación docente pueden generar sinsentido y nihilismo, producciones mecanizadas y reiterativas (se pueden producir artículos filosóficos como cualquier producto del mercado susceptible de vacía reproductibilidad técnica) y se puede pretender hacer filosofía en este rincón del planeta borrando toda marca de origen, produciendo textos que bien podrían haber sido producidos en Colonia o París.

Hay sin embargo un modo específicamente latinoamericano de hacer filosofía, de usar la filosofía, de leer filosofía, de escribir filosofía y de ser filósofos y filósofas. Hemos discutido, pensado y debatido mucho entre nosotros. Hemos encontrado acuerdos y desacuerdos. Pero no hemos podido definir taxativamente lo que caracteriza nuestro modo de hacer filosofía. Sí hemos podido distinguir ciertas prácticas que nos son específicas, ciertas maneras de vincularnos con nuestro objeto, ciertas formas de intersubjetividad que acompa-

ñan nuestra actividad. Se trata, quizás, de una serie de decisiones que vemos replicarse en quienes abrazamos la investigación filosófica. Decisiones acerca de los espacios de discusión, de producción y de comunicación que habitamos, que construimos y que proyectamos.

Esas decisiones ponen en evidencia que las leyes del mercado académico son desafiadas constantemente por nuestro impulso a invertir tiempo y esfuerzo en actividades y proyectos que no suelen ser tenidos en cuenta en las evaluaciones institucionales pero que consideramos esenciales a nuestra actividad. Esos espacios tienen una larga tradición, por lo menos en la Argentina. Se esbozan en la costumbre de los estudiantes de juntarse a estudiar y preparar exámenes en grupo, con el mate, el café, las facturas, la pizza y los nervios. Se consolidan en revistas como *Cuadernos de Filosofía*, *Cuadernos de Ética*, *Instantes y Azares*, *Deus mortalis*, *El Pensadero*, *Pen-samiento de los confines*, *Nombres*, *Escritos de filosofía*, *El río sin orillas* y tantas otras. De esa estela nos hemos nutrido quienes hacemos *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*. Las revistas no son un mero registro, sino idealmente un espacio de discusión; con eso soñamos, y por eso pensamos la sección “Debates”; por eso le damos tanta importancia a las reseñas, sobre todo a las de la producción local. Los congresos y coloquios son otro lugar ineludible de encuentro. Cada quien tiene sus citas obligadas, y las opciones se han multiplicado al pulso de las exigencias de la creciente academia. Es importante que esos encuentros filosóficos no sean barridos por el tiempo y no se limiten al testimonio de actas donde está ausente lo esencial: las discusiones que los han animado. Por eso en este número inauguramos la sección “Crónicas”, para que esos encuentros se hagan letra.

Revistas y eventos académicos apuntan a lo que estamos tratando de pensar. Si reflexionamos sobre aquello que tienen en común y los mantiene vivos y vitales, encontramos algo que también tiene que ver con ese instinto de juntarse a estudiar o reunirse en los pasillos: los grupos de investigación, lectura y discusión. Grupos que pululan, que se arman muchas veces al margen de las instituciones. Grupos que se juntan en torno a un filósofo o filósofa, una problemática, un concepto, un proyecto político. Se constituyen así los espacios de la filosofía.

Estos espacios, estas prácticas, estos modos de pensar y de escribir, este impulso por el encuentro y la construcción colectiva que

caracterizan, según creemos, la actividad filosófica en la Argentina surgen de las *bases*. Bases que no son -como nada en el mundo- una mera suma de individuos. Ningún individuo puede por sí mismo darle sentido, pertenencia ni creatividad a su actuar. No es tampoco una suma de artículos, de ponencias, de clases. No se trata de un conglomerado de caracteres, palabras, páginas. Es en sus intersticios, como trama de relaciones, donde surgen las bases de la filosofía.

La cuestión de la filosofía argentina y latinoamericana pasa por sus bases. Bases que no existen en forma natural, que no son la simple herencia del capital filosófico acumulado. Bases que han sido, son y siguen siendo sostenidas en la construcción de las relaciones, y de los espacios donde esas relaciones tienen lugar. Bases cuyas tramas están plagadas de tensiones: no se trata de un concepto puro ni de un referente delimitable, sino al contrario: de algo contaminado y con un referente difuso, con una articulación precaria pero con mucho entusiasmo para trabajar colectivamente sobre las vetas de lo contingente.

Articular las bases y fortalecer sus relaciones es la tarea a la que nos enfrentamos. Entre nosotros nos leemos mucho menos de lo que deberíamos, porque hay un colonialismo trabajando en nuestra elección de citas, en nuestros planes de estudio, en nuestro canon. Hay una gran batalla cultural allí que debemos emprender sin demora y sin descanso. El federalismo ha avanzado mucho gracias a los congresos y las revistas nacionales, pero todavía resta mucho aislamiento. El lanzamiento de la Red Argentina de Grupos de Investigación en Filosofía (RAGIF) apunta en ese sentido. Construir red, construir relaciones, intercambiar y difundir información y producción. Una red que atraviese virtualmente los espacios extensos que constituyen nuestro ser. Una red que no se construye a partir de individuos, sino de esa base de la filosofía que son los grupos de investigación, lectura y discusión.

Al mismo tiempo, nunca habrá un modo de filosofar de nuestras tierras, una resistencia auténtica a la fuerza del colonialismo, del poder económico y las agendas culturales de Europa y de Estados Unidos, sin la unidad de América Latina. Las distancias en nuestro continente son grandes y los recursos escasos. El trabajo es complejo y desafiante. Pero las redes pueden y deben ser tejidas. Tenemos ejemplos, bellos ejemplos de articulaciones regionales, como el de la Asociación Latinoamericana de Estudios sobre Fichte, el Coloquio

Spinoza, el Coloquio del Círculo Latinoamericano de Fenomenología. Una voz latinoamericana, una filosofía en español y en portugués, un pasado común de resistencia, programas y urgencias económico-políticas similares y apuestas y dilemas culturales afines: desde esa situación del cono sur, tejiendo las redes, armando las relaciones y sus espacios, desde las bases, con nuestras diferencias pero con un horizonte de unidad, se seguirá construyendo una filosofía latinoamericana, que problematice lo que es la filosofía, para qué la filosofía, cuáles son sus problemas, quién filosofa y cuál es el modo de hacerlo en nuestras tierras.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea
Buenos Aires, 15 de octubre de 2016

artículos